



XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

11 de octubre de 2026

I. Notas exegéticas

La invitación al banquete es el tema dominante del mensaje de este domingo. Un banquete que “preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de manjares exquisitos, vinos refinados”. El banquete se ha abierto a todos, “tanto a los malos como a los buenos”, sin embargo, es necesario una respuesta positiva a la invitación al reino.

Isaías 25, 6-10a

Preparará el Señor del universo para todos los pueblos.

Esta lectura forma parte de un conjunto del libro de Isaías (cc. 24-27), conocido como “apocalipsis de Isaías”, compuesto en la época posterior al destierro de Babilonia (s. VI a. C.). La sección presenta distintos momentos, con el despliegue de una gran liturgia con himnos y cánticos que predice el triunfo de Dios sobre sus enemigos en el monte Sion, en Jerusalén. En la lectura de hoy, después de un cántico al Dios liberador, escuchamos al profeta hablando de un momento prodigioso, bajo el símbolo de un banquete, de un festín escatológico. El mensaje de esperanza anuncia que Dios, “aniquilará la muerte para siempre”, y “enjugará las lágrimas de todos los rostros, y





Plan de Predicación

alejará del país el oprobio de su pueblo". Y, será el tiempo en el cual todos reconocerán a Dios como "salvador" en el monte santo, en la nueva Jerusalén.

Salmo 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6.

Habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Este salmo tan popular, sobre todo en las Eucaristías de exequias, nos trae la imagen del pastor que no abandona ni en el oscuro valle de la muerte. A la vez, es un salmo de confianza que enseña sobre el abandono total del creyente en Dios. En cuanto a la estructura, el salmo consta de dos partes: el Señor como pastor, vv. 1-4 y el Señor como huésped, vv. 5-6. Hay que notar la intimidad única entre el orante y el Señor, una alianza profunda que le lleva expresar: "nada me falta" (v.1). La estrofa final traspasa dulcemente de un campo simbólico al otro: "Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término" (v.6). La realidad cristiana es un peregrinar continuo, y, al mismo tiempo, un sentarse a la mesa eucarística dominical, en camino al banquete eterno.

Filipenses 4, 12-14. 19-20

Todo lo puedo en aquel que me conforta.

Hoy escuchamos por última vez la lectura de Filipenses en la liturgia de los domingos en el presente ciclo. Pablo agradece a esa comunidad por la ayuda generosa que le han brindado mientras permanecía en la prisión y les recuerda que él personalmente está acostumbrado a todo, a tener de sobra y a pasar hambre. La frase más contundente y significativa quizá sea la que se refiere a Cristo, su fortaleza en todo.

El apóstol da un lección y ejemplo de libertad ante los bienes materiales: "Sé vivir en pobreza y abundancia". Los bienes materiales son "riquezas" verdaderas, pues son buenos en sí mismos; todo depende del uso que hagamos de ellos y si los ponemos al servicio del plan de salvación de Dios. Pero, pueden convertirse en "pobreza" si nos los apropiamos egoístamente, olvidando que Dios es el dueño y señor de todo; nosotros somos simples administradores; se nos han confiado para alcanzar la felicidad de todos los hombres. Lo mismo se diría de lo espiritual.



***Del Santo Evangelio según San Mateo 22,1-14****Tengo preparado el banquete... todo está a punto. Vengan a la boda.*

Jesús responde a las provocaciones de los líderes judíos respecto a su autoridad, y lo hace con tres parábolas. Mientras que Marcos narra solamente una parábola en la sección paralela de su evangelio (los viñadores homicidas; Mc 12,1-12; cf. Mt 21,33-46), siguiendo su estilo de agrupar parábolas, Mateo presenta tres. De esa manera el evangelista expande la crítica de Jesús contra los líderes añadiendo dos parábolas (21,28-32; 22,1-14). Las tres parábolas incluyen la figura del hijo, si bien la primera no tiene un enfoque cristológico. Las dos primeras parábolas apuntan explícitamente a los líderes y su rechazo a su ministerio (21,31-32. 45).

Este domingo nos centramos en la última parábola (22,1-3). Los invitados —en un primer momento los líderes judíos— rechazan a los enviados del rey, incluso los maltratan y matan a los mensajeros (sus siervos; 22,3-6). El rey enfurecido, ordena a sus soldados tomar represalias y “quemar su ciudad” (22,7). Algunos comentaristas interpretan esta frase como una alusión al juicio venidero sobre Jerusalén, que fue incendiada por Tito en el 70 d.C. La parábola sigue con el rey enviando una nueva invitación a cualquiera que sus servidores pudieran encontrar “malos y buenos” (22,10). El referente exterior para este segundo nivel de invitados se refiere a los marginados de Israel, encontrados en el ministerio de Jesús (“amigo de publicanos y pecadores”; 11,19).

La escena final de la parábola se centra en un hombre que no está preparado para el banquete — “sin traje de boda” y no hay excusas cuando se le pregunta (22,11-12). Aunque el banquete se ha abierto a todos, “tanto a los malos como a los buenos”, el rey ordena que se expulse al invitado desprevenido. Y, el lenguaje de 22,13 evoca el tema mateano del juicio escatológico final (en 25,46). El referente externo del traje de boda es objeto de debate. Jesús podría estar señalando el “dar fruto” (21,43) que debe acompañar a la respuesta positiva a la invitación al reino.





Plan de Predicación

El aforismo de Jesús indica que, aunque la invitación al reino está totalmente abierta, pero, “pocos son los elegidos” (22,14). El binomio “muchos/pocos” (cf. 7,13-14) no implica un especular sobre cifras; indica que no todos los judíos responderán al reino tal y como lo ha anunciado y establecido Jesús, su rey. Los dirigentes de Israel han sido invitados, pero han rechazado la invitación. Otros fuera de Israel también se quedarán fuera si no están dispuestos a seguir a Jesús en la obediencia a la alianza. El efecto que se pretende con la parábola es animar a todos a decir “sí” a la invitación al reino de Dios y a buscar la fidelidad en la alianza con Él.





II. Pistas homiléticas

Un banquete de comunión y alianza

El profeta Isaías presenta el proyecto de Dios sobre la historia humana con la imagen del festín de manjares exquisitos y vinos refinados. Dios invita a compartir una misma mesa con todos los pueblos sin excepción. El banquete simboliza la alianza y comunión que Dios quiere establecer con todos, una comunión que se disfruta desde ahora. Sin embargo, en la vida presente este sueño se enfrenta con graves obstáculos (guerras, injusticias y toda clase de sufrimientos). Pero, la esperanza reside en que Dios mismo enjugará las lágrimas de todos los rostros y aniquilará la muerte para siempre. Por la fe, sabemos que, Dios todo lo realiza mediante el misterio Pascual.

El Señor es mi pastor nada me falta

El Salmo responsorial prolonga el tema de la comunión con Dios, un tema presente en la primera lectura. Dios como pastor, como guía, colma la vida del orante, hasta expresar como santa Teresa de Jesús: “Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta”. La combinación de las dos imágenes: el peregrino guiado por el Buen Pastor, y del banquete nos compromete a saber alimentar nuestra vida cristiana para reparar las fuerzas y continuar la misión.

Libertad del cristiano ante las riquezas

Pocas palabras para una gran lección de libertad ante los bienes materiales: “Sé vivir en pobreza y abundancia”. Cuando uno vive esa libertad, entiende que la vida cristiana es una llamada a la solidaridad en las necesidades básicas, que no puede ser más que consecuencia de una comunión de fe, de esperanza y de amor. A veces compartir los dones espirituales podría ser insuficientes ante la angustia y las necesidades que muchos padecen. Dios es el dueño y señor de todo; nosotros no somos propietarios sino administradores; tenemos la responsabilidad de velar y defender la creación que se nos ha confiado. Lo mismo acerca de los bienes espirituales.





Plan de Predicación

Hoy los invitados somos todos

Jesús dirige las parábolas sobre el Reino de Dios a los sumos sacerdotes y ancianos, considerados los líderes del pueblo, pero que hoy las dirige a todos. El rey se esfuerza en preparar un banquete fantástico para festejar la boda de su hijo. Los convidados rechazan la invitación, ponen excusas, incluso se molestaron y maltrataron a los servidores, y hasta los mataron. Desde el comienzo del mundo, Dios llama a la humanidad a la boda de su Hijo, o sea, a entrar en comunión con él.

La Palabra nos lleva a preguntarnos ¿por qué esa resistencia a Dios, cuando nos está invitando a algo bueno? Y, a veces nos negamos a entrar en comunión con él en la oración cotidiana o en la Eucaristía. Y, el caso del invitado que entra al banquete sin vestido de boda. ¿Dónde podría estar la falta? En el fondo, uno podría aceptar la invitación, pero no abrirse a la gracia. ¿Cómo estoy respondiendo a la invitación que Dios me hace? ¿Le presento excusas? ¿Cómo busco acoger su gracia?





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Reunidos como Pueblo de Dios, nos congregamos para celebrar la Eucaristía, fiesta de amor en el que el Señor nos reúne como una sola familia.

En cada misa, el Señor nos invita a participar de su mesa y a experimentar la alegría de su presencia; por ello, la liturgia de este día nos recuerda que el Señor prepara para todos un banquete de salvación, signo de su amor y de su deseo de que todos participemos de su vida. Pero también nos invita a responder con generosidad y sinceridad a su llamado. Dispongamos nuestro corazón para participar con fe en esta celebración y para responder con alegría a la invitación del Señor.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios que escucharemos nos habla del amor generoso de Dios que invita a todos a participar de la vida y de la alegría de su Reino. Es Él quien prepara un banquete abundante para su pueblo, donde se manifiesta su salvación y su cercanía. Esa invitación requiere una respuesta sincera y una disposición interior que permita acoger verdaderamente el don que Dios ofrece y se nos recuerda que quien confía en Él encuentra la fuerza necesaria para afrontar todas las circunstancias de la vida. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente: Hermanos, Dios nuestro Padre nos invita a participar de la alegría de su Reino ya que somos sus hijos amados. Confiando en su generosidad, presentemos nuestras súplicas y unámonos a cada intención diciendo:

R/: Señor, llévanos al banquete de tu Reino.

1. Por la Iglesia, para que anuncie con alegría la invitación universal de Dios a participar del banquete de su Reino. Roguemos al Señor.
2. Por los pueblos que sufren el hambre, la pobreza o la desigualdad, para que crezcan en el mundo la solidaridad y el compromiso por compartir los bienes de la tierra. Roguemos al Señor.
3. Por quienes se han alejado de la fe o se sienten indiferentes ante el llamado de Dios, para que descubran nuevamente la alegría del Evangelio. Roguemos al Señor.
4. Por nuestras familias, para que vivan la hospitalidad, el compartir y la gratitud como signos del Reino de Dios. Roguemos al Señor.
5. Por nosotros que participamos en esta celebración, para que sepamos responder con generosidad a la invitación del Señor y vivamos con coherencia nuestra fe. Roguemos al Señor.

Presidente: Padre de bondad, escucha nuestras súplicas y concédenos vivir siempre abiertos a tu llamada. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.





XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A

11 de octubre de 2026

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

Los eventos de todo tipo que ocurren en el mundo, muchos de ellos dolorosos y difíciles, pueden llevarnos a dudar de la presencia y el amor de Dios, sobre todo cuando pareciera que el triunfo se lo llevan personas que obran sin misericordia, enegrecidas por el egoísmo.

El encuentro con la palabra de Dios en este domingo nos permite traer al corazón la calidez de una promesa: *«El Señor preparará un festín, y enjugará las lágrimas de todos los rostros».*

2. Motivar

¿Qué lugar ocupamos en el corazón de Dios? ¡No hay duda! Somos sus predilectos. Al leer la profecía de Isaías conocemos que el amor de Dios por su pueblo no tiene límites, pues la promesa consiste en suplir todo lo necesario para vivir y estar alegres.

En medio de la adversidad, el testimonio del apóstol Pablo —que ha pasado por muchas penurias— reafirma la fidelidad de ese amor sin límites que lo lleva a anunciar con fe: *«Todo lo puedo en aquel que me conforta».*

El amor de Dios es persistente, no desfallece. La enseñanza de Jesús nos revela que, ante el rechazo de los invitados a la fiesta en presencia del Padre, él extiende la invitación a todos los que acojan esa oferta de amor, expresada en la fiesta por la boda del hijo.

3. Retar

La duda ensombrece la presencia y el amor de Dios. El reto es no sucumbir ante ella, sino resolverla. ¿Cómo resolverla? Hay que estar atentos porque, en medio del caos





brotan los signos de la vida que nos recuerdan que la esperanza no muere, que todo irá bien si acogemos la invitación de Dios, nuestro pastor.

Además de resolver la duda, el reto trae consigo la necesidad de estar dispuestos a aceptar la invitación de Dios y acudir a ella “con traje de fiesta”. ¿Qué significa esto? Tener los mismos sentimientos y proceder de la misma manera que Jesús (amar como él ama, servir como él sirve, dar la vida como él la da).

A partir de la imagen “traje de fiesta”, recordemos dedicar un tiempo para reflexionar a partir de lo siguiente:

- *¿Estoy revestido/a de humildad o de soberbia?*
- *¿Estoy revestido/a de sencillez o de vanidad?*
- *¿Estoy revestido/a de alegría o de amargura?*
- *¿Estoy revestido/a de sabiduría o de necedad?*
- *¿Estoy revestido/a de reconciliación o de resentimiento?*





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Bienvenidos al encuentro amoroso con Jesús en la Eucaristía. Celebramos con alegría que el amor de Dios por nosotros no tiene límites; es todo para todos los que lo acepten y se vistan de fiesta, con un corazón humilde, que en medio de las dificultades palpita con esperanza. Participemos con alegría de este encuentro.

Monición a las lecturas

La palabra de Dios nos ofrece el consuelo de la esperanza, al recordarnos que Dios dispone todo para que su pueblo sea feliz, sobre todo después de la experiencia del sufrimiento. La parábola del evangelio comunica el amor del padre que hace partícipes a todos de la boda de su hijo mediante un festín que satisface toda necesidad. A este festín corresponde acudir con traje de fiesta en lugar de rechazarlo o buscar excusas.





Oración de fieles

Presidente: Elevemos nuestra suplica a Dios, Padre amoroso, que prepara para el banquete de la salvación y sale a encontrarnos en los caminos y reunir a todos los que encuentre, malos y buenos:

R./ Padre bondadoso, escúchanos.

1. Por el papa León, para que, a través de su misión evangelizadora, comunique la esperanza y la fidelidad de Dios Padre. Oremos.
2. Por los gobernantes de las naciones para que provean a los pueblos del bienestar necesario. Oremos.
3. Por los enfermos y los necesitados para que llegue a ellos el consuelo, el bienestar y la paz que Dios provee a los que ama.
4. Por cada uno de nosotros para acojamos la invitación para participar en la misión de la Iglesia y nos revistamos de los sentimientos y virtudes de su Hijo amado, Jesucristo. Oremos.

Presidente: Padre Bueno, que desbordas en generosidad y pones a nuestro alcance los frutos de tu amor, escucha nuestras súplicas y permite que nos presentemos ante ti con dignidad y sencillez. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

